

*Cita en el puente
y otras historias de fantasmas*

*Este es un breve fragmento
del capítulo 8*

...Se contaba que, en época remota, una confusa forma iluminada solía salir de las ruinas del castillete que aún se alzan sobre la peña del Tordo, según se sale hacia Matojera, a mano izquierda, que es la mano del demonio. La otra mano que más se dejaba sentir en el pueblo y que debía de ser, por tanto, la derecha, era la del señor; la del señor Faustino, cacique y dueño de medio término, cuya propiedad, sin embargo, apenas le alcanzaba para tener donde, en su día, caerse muerto. La forma luminosa aquella flotaba por encima del castillo, haciendo mil monadas de saltimbanqui y, sin más, desaparecía, hasta otra, detrás de unos muros. Nadie ignoraba, ítem más, que en el interior de la casa de Tomás Coduras, ya difunto, abandonada desde su buen cuarto de siglo, se oían por la noche ruidos extraños, como de correr muebles, y alguien, vaya usted a saber quién, si ánima bendita o infernal, lanzaba siniestras carcajadas que no animaban al personal a cruzar por aquellos contornos. Y, para más inri, en el trascorral de los Pijaitos, había estado entrando y saliendo cuando le apetecía el Constancio, último Pijaito del que se tenía noticia, enterrado hacía años en el camposanto.

Aldeahueca del Romeral estaba pues preparado para todo. Por eso, nadie se asombró cuando, un día, llegó la Engrasada contando que, por la noche, recorría las calles un aterrador fantasma, todo blanco y con ojos como fogaratas, brillantes como carbunclos. A la Engrasada la apodaban así porque, al hecho de llamarse, por la gracia de Dios y la de sus padres, Baltasara Bisagra, añadían las malas lenguas la alusión a la facilidad con que se abría y se cerraba la tal bisagra a

José H. Polo

los apetitos de cualquiera. Pero, precisamente por estar hecha a tanto portazgo y alcabala, cobrados al parecer puntualmente, la Engrasada no era fácil de asustar ni tenía tampoco imaginación para andarse con grandes inventos. Era veraz forzoza, incapaz de urdir mentiras. En otras palabras, que todos la creyeron.

—Al verme, agitó los brazos, como diciendo que me apartase.

Lógicamente, la estantigua había ahuyentado a la Engrasada quien, aunque curada de muchos espantos no tenía por qué arriesgarse y sabía cuando lo mejor era poner pies en polvorosa.

A partir de entonces, el espectro fue visto por varios, por los que de veras lo vieron y por los que no se hubieran atrevido a mirarlo, pero no querían quedarse atrás ni confesar su cobardía. Siempre frecuentaba las mismas calles, aunque nadie se había detenido lo suficiente para seguirle y averiguar dónde terminaba su paseo nocturno.

—Con esto de los seres de otro mundo, lo mejor es pies para qué os quiero.

—Otra, no.

Fueron añadiéndose detalles al aspecto del fantasma. Dicen que tenía unos ojos como candelas, que se encendían y apagaban, cosa de mucho escalofrío; que ululaba como el viento, quien sabe con qué intenciones. Cuáles de estos y de otros detalles fueran ciertos resultaba imposible saberlo porque, desde el principio, todos estuvieron de acuerdo en que quién era el guapo que aguantaba ver al fantasma de cerca y menos se atrevía a echarle un tiento. Un mocete que se arriesgó más de lo razonable, afirmaba haber sentido un olor nauseabundo, como de cuadra con caballos muertos.

—Algún pedo o asventeó será, que se le escapa del tras...

—Puede. Que yo me sé de buena tinta que los fantasmas son medio aire y medio muladar y, por eso, algunos echan un

*Cita en el puente
y otras historias de fantasmas*

tufo que apesta.

–¡Qué te sabrás tú, Sentencias!

–Déjalo, que habrá sido fantasma pues.

El caso se convirtió en la comidilla, y aunque no reconocido, en el miedo de la gente. Llegó la noticia a Matojera y, como allí estaban libres del espectro y, lejos de darles miedo, les daba, lógicamente, risa, algunos se acercaban a Aldeahueca del Romeral, a preguntar cómo iba el asunto.

–¿Qué tal os va con el nuevo vecino? Digo dice que es poco amigo de hacer amistades. ¿O qué?

Los muy destontoados, otras veces, fingían creerlo y se espantaban, burlándose luego con grandes risas y aspavientos. En el fondo, aquello gustaba a los de Aldeahueca, porque los distinguía, los hacía singulares. Y veían con claridad que los matojeranos, y esto era artículo de fe en Aldeahueca del Romeral, eran mala gente, enredadora y de poco fiar, como suelen ser siempre los vecinos, aunque luego resulten ser los prójimos del Evangelio. Que todo tiene sus pegas, hasta estas cosas de la religión.

Por lo que fuera, por miedo o por precaución, las calles del pueblo se quedaban vacías a eso de la medianoche, hora que el Sentencias aseguraba ser la favorita y propia de los aparecidos.

–Todos, los espectros y las fantasmas y demás, salen siempre alrededor de las doce, como las lechuzas. Se ve que se sienten más a gusto.

–¿Y por qué será?

–Digo yo que son cosas del Satanás, que parece que le va mal el sol y el alumbrado fuerte.

En vano don Fulgencio, el cura, por otro nombre mosén Manchas, que las llevaba menudas, intentaba hacerles razonar y que no cayeran en supersticiones, al menos en éstas de las corrientes y de las admitidas como males menores por la Santa Madre Iglesia, que él representaba.

José H. Polo

–Tontainas. Tontainas y miedos sin fundamento. Eso es lo que a vosotros os pasa. Y, ¿sabéis por qué? Porque sois unos pecadores, porque os reconcome la conciencia y el diablo os hace ver lo que no es, para mejor teneros enganchados.

Y don Fulgencio, que era más bueno e inofensivo que un pan, se esforzaba con poco éxito en poner cara de diablo y, contrayendo los dedos de las manos, para darles forma de garras, hacia con ellas ademán de capturar a los contertulios, arrimados en torno a una mesa donde jugaban a las cartas.

–¡Así, así os quiere enganchar, pedazo de tontos!

–Pues digo yo, mosén, que si todo es cosa de eso de la superstición y de la mala conciencia, ¿por qué no se da usted un garbeo por la noche y, con el "guisopo", le sacude un buen rojiazos de agua bendita al fantasma?

Don Fulgencio sonreía, benévolo y disimulador, y alzando ambas manos en gesto exculpatorio y clerical, explicaba:

–No hay que tentar al Maligno, hijo mío, que nadie conoce los designios del Señor...

–Ahí, ahí, que como dice el mosén, son inestucables.

–Inescrutables, hijo, inescrutables, que eres más bruto...

–Eso mismo quería yo decir.

–Pues, ¿sabe lo que le digo, mosén? Que tiene usted mas razón que un santo. Que yo seré pecador, pero que usted es perdedor, porque canto las cuarenta y hago las diez de últimas.

–¡Carajo!

Y adiós fantasma y adiós guiñote.

En el café del Badajo, ágora, foro, casino y mentidero del pueblo, llevaban la voz cantante el Trápalas y el Engallao, dos mozallones engréidos, rondadores y reñidores, aunque la fuerza se les iba, a menudo, más por el pico que por otras partes para ellos sagradas e intocables de su anatomía. De los dos jaquetones del lugar, el primero, el Trápalas, era suficiente,

*Cita en el puente
y otras historias de fantasmas*

insultador y liante.

–Con su aquel vendrá el fantasma...

–Bien dicho. Más de uno tendrá que lamentarlo, que los fantasmas van siempre detrás de algo y para hacerle la puñeta a alguien.

–O para hacerle gozar, que todo puede ser, me digo yo. Los habrá también de buenas intenciones, me parece a mí.

Y el Trápala muequeaba con sonrisita de conejo, como si estuviera en el ajo y el fantasma y él fueran uña y carne. O uña y sábana, a saber. El Engallao, bravucón y faltón, jactancioso, presumido y gallito, por eso el mote, se reía:

–Ni fantasma ni ósmeras. A semejante aparición la borro yo de un soplo, como hay Dios, en cuanto la vea y le plante cara.

–Me juego lo que sea a que, en verla, sales corriendo, por jaque que te pongas aquí, sin fantasma delante.

–¿Quién, yo? Al hijo de mi madre no le asustan los vivos, que son peores, ni menos los muertos ni las ánimas benditas.

Pareció que al fantasma le hubieran advertido que no saliera, para no tenérselas que ver con el Engallao, empeñado en buscarle las cosquillas. Porque desapareció por unas semanas, dejando a todos haciendo cábalas y sin saber a qué atenerse. Pasaron por tanto muchas noches y, como si tuviese miedo, cosa no pensable en su gremio, el trasgo no compareció y dejó sus correrías, luego se vió que provisionalmente. Hasta en el otro mundo debían conocer las malas pulgas que se gastaba el Engallao.

Pero, por lo visto, el fantasma no pudo más y una noche reapareció, es decir refantasméó; precisamente cuando la gente ya empezaba a olvidarse de aquellos miedos provocados por el misterioso merodeador callejero. Estaban varios mozos y mozas platicando en la plaza, aunque era ya noche cerrada, en lo que verían sin duda –lo único que podía verse,

José H. Polo

con las bombillas macilentas y municipales— un aliciente, cuando a lo lejos todavía, trasponiendo la esquina de la calle Mayor de Arriba con la del Almendruco, vieron algo muy blanco que se deslizaba, casi volandero y a hurtadillas. Se quedaron como si les hubiera pillado un aire, sin poder hablar ni moverse. Dos luces le salían al fantasma en lo que hubiera debido ser la cara; tan pronto le brillaba una como la otra, como se apagaban o se encendían las dos, pasando de tuerto de un ojo a tuerto de otro y a ciego. Algo imposible de contar, de tan horroroso como era. Tenía una altura como de dos metros por lo menos y se movía con parsimonia, con una cautela que resultaba aún más terrible. De pronto y a la vez, todos echaron a correr, despavoridos por aquella visión que dejaban atrás, sin volver la mirada, no fuera que les ganara terreno y se les echara encima, Dios sabe con qué propósitos. Del fantasma les llegó como una carcajada sorda, ahogada, pero nadie se detuvo a escucharla, sino que les puso alas en los pies para escapar de estampía. La aparición llegó a un portal, donde debió desaparecer, aunque este punto no pudo ser aclarado lo bastante por los que tenían suficiente con correr y escapar. Alguien, por aquello de molestar y de aumentar el entretenimiento, dio en decir que se trataba de la casa del Trápalas y que en ella se metía, a escondidas, el fantasma. Y empezaron a embromarle:

—Hala, Trápalas, que ya sabemos que tienes visitas.

El Trápalas palidecía y no supo qué decir. Todos creyeron que perdía color del pánico que sentía y estaban en lo cierto.

—¡Mira el valiente! Bien blanco que se pone.

—Pues he oído decir —terciaba el Sentencias— que algunos de estos fantasmas chupan sangre. Mala será que no le haya gustado la tuya, Trápalas, y te estés poniendo por eso tan pachucho. Y mira que una o dos veces no pasa nada, pero malo será que vaya a arregostarse.

*Cita en el puente
y otras historias de fantasmas*

El Trápala pasó de pocho a lívido y bien claro se vió su miedo y su preocupación.

–Yo que tú, mañana mismo me mudaba de casa. Antes de que te desangres.

Una noche que estaban todos en el café, comentando las novedades, es decir, hablando de lo mismo de todos los días, llegaron corriendo dos arrapiezos.

– ¡Que por la calle del Almendruco va bajando!

–¿Quién baja, chiclanes? Hablar claro.

–El fantasma, que lo hemos visto.

Se quedaron todos en suspenso, sin decidirse a creer lo que los chicos afirmaban haber visto con sus ojos que se comería la tierra. Recorrió el café una ráfaga de viento frío, aunque estaban en verano. El primero y único en reaccionar fue el Engallao.

–Pues aquí se ha acabado todo. El o yo, pero no seguiremos así. Diablo o ánima de Purgatorio, que lo diga.

Unos rompieron a reír, con acento más falso que Judas; otros se santiguaron. Que no tentara al Maligno, como decía el mosén, le dijeron. El propio don Fulgencio, que tenía en esos momentos en la mano el veinte en espadas y el as y el tres del triunfo, le exhortó a la prudencia y le aconsejó que no forzase los designios del Señor, que son inestucables, digo inescrutables. No valió de nada. Sin escucharlos, el Engallao tomó el portante y se fue, sin que ningún otro se atreviera a seguirlo, ni siquiera por simple curiosidad.

La noche era oscura, un día después de la luna nueva. Parecía propicia para fantasmas y otras apariciones de la familia. Corría una ligera brisa, lo cual siempre ayuda al bamboleo de los sudarios y es cosa de mucho efecto. Se oía al búho, como advirtiendo al Engallao de su locura. Pasó chillando una de las dos lechuzas que iba a aprovisionarse ante la misma santa faz del Cristo de las Antojeras, mal señalado. El silencio, por lo demás, era tan espeso, que se oía. Cualquier espíritu

José H. Polo

que no fuera el del Engallao hubiera sentido pavor e interpretado como un augurio funesto aquel amenazador y misterioso ambiente que parecía envolver las calles. Sólo cuando el mozo estuvo a punto de pisar y despanzurrar un gato, el maullido súbito y prolongado del felino rompió brevemente aquella calma. Por la calle del Almendruco donde el Engallao se había plantado en dos garriadas, en la esquina más sombría, cerca de la casa del Trapala, vió relucir unas luces por encima de una amplia vestidura blanca que avanzaba con precaución. No vamos a decir que al Engallao no se le pusieran un tanto de corbata, pero tuvo arrestos para avisar, aunque sin levantar demasiado la voz, casi sin resuello a su pesar:

—¡Hala, tú! Seas fantasma o aparición, vivo o difunto, ya estás dejando de tontear o te sacudo un mangazo que te mando por los aires al sitio de donde vengas.

El ensabanado ululó, en ridículo tomo de falsete, como si también tuviera miedo de aquella situación insólita, seguramente no prevista, de vérselas con un humano tan asustado como él. Movió los que, envueltos en la tela blanca que le cubría por entero, podían se los brazos. Se había detenido y no era posible deducir de su actitud si quería sacudirse al intruso o intentaba atraerle con diabólicos e innombrables fines. El Engallao sintió un nudo en la garganta, al contemplar aquellos fuegos que remataban la estantigua y que eran como aquellos que, de pequeño, había visto, lleno de terror, en el cementerio...



... No te quedes con las ganas de seguir leyendo este libro y cómpralo antes de que se agote. Disfrutarás sin duda de una gran novela.

Ya a la venta en las principales librerías



Participa en el sorteo de relajantes estancias en Balnearios consulta en nuestra página web: **www.unalunaediciones.com**